

cuando su cuerpo mortal se reviste de la dignidad real. Lo más curioso de esta ceremonia es que, mientras el sucesor ya ha empezado a gobernar en secreto, la Corte se encuentra reunida en torno a una efigie que representa al rey que ha muerto y que esta imagen es la que ostenta los atributos del poder, recibiendo el servicio de honras que estaría reservado al príncipe.

Por tanto, en la Francia renacentista la realeza nunca estaba vacante y nunca había dos reyes, pues, para el caso de las sucesiones, se había creado lo que Ralph E. Giesey califica de *interregno ceremonial*.

Sin embargo, el magnicidio de Ravailac vino a cambiar este orden simbólico-constitucional, ya que la reina viuda María hizo que el *lit de justice* de su hijo se celebrara el día siguiente, convirtiéndose públicamente —no ya en asuntos de Gobierno tan sólo— en el rey Luis XIII, aunque las exequias reales de su padre no se iban a producir hasta unas semanas más tarde. Desaparecía así la necesidad de garantizar simbólicamente la continuidad de la realeza con la sorprendente ceremonia de la efigie.

Pero, como decíamos, en este *Le roy ne meurt jamais* Giesey no se conforma con describir los curiosos y alambicados ritos funerarios del Renacimiento, sino que extrae conclusiones de importancia constitucional. La primera de las que queremos destacar aquí es que la existencia de las efigies sería una manera de restarle importancia a la circunstancia sucesoria como único fundamento de la realeza del que viene a ser nuevo rey y, consiguientemente, un refuerzo del carácter augural de una coronación en la que era el Parlamento de París —que encarnaba la justicia— la instancia que revestía de la dignidad real al nuevo soberano.

La segunda conclusión que destacaremos no es otra que señalar que la desaparición de las efigies está relacionada con la apropiación por parte del rey de todos los atributos de la monarquía, que deja de ser abstracta como dignidad y se transforma en una entidad más personal. La efigie es sustituida por otros símbolos que, como el del fénix nuevo rey que renace de las propias cenizas del rey muerto, ya no hablan de la dignidad como una entidad abstracta.

Fernando Jesús BOUZA ALVAREZ

## B) HISTORIA DE ESPAÑA

MARAVALL, J. A.: *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, Taurus, Madrid, 1986, p. 800.

Nos encontramos ante una de las últimas obras del profesor Maravall, en la que aborda el estudio pormenorizado de uno de los prototipos más significativos de la literatura de los siglos XVI y XVII: la figura del *pícaro*, típica sobre todo de un siglo XVII en franca decadencia. Es una figura des-

viada; se trata de un vagabundo desvinculado de la sociedad, deseoso de medrar en un mundo difícil: un país en decadencia, donde proliferan los pobres de solemnidad, verdaderos o fingidos, en convivencia con un amplio grupo de marginados y desarraigados, que constituyen el mundo del hampa, sobre todo en las grandes ciudades. Entre estos dos polos se mueve el pícaro, un individuo en definitiva ya marginado desde su nacimiento (de padres delincuentes, la mayoría de las veces), rozando los límites de la delincuencia y sirviéndose de su astucia para sobrevivir. Huirá del trabajo, aunque es patente su deseo de subir peldaños en la escala social. Alguna vez lo conseguirá, por medios casi siempre ilícitos, para luego caer en picado o, en el mejor de los casos, mantener su *status* de una forma poco honorable.

La novela picaresca es un género abundante en la época Moderna, y será muy apreciada en el resto del mundo. Se pone en conexión con una época decadente, ya que en realidad es un exponente del declive sufrido por la sociedad y la economía españolas durante el siglo XVII, sobre todo la de los grupos llamados «desheredados», de los que siempre se teme una rebelión. Según el autor, la novela picaresca es una «literatura de avisos», literatura de anuncio de que algo va mal, aunque prestándole atención puede fácilmente corregirse» (p. 11). Así, puede ponerse en relación con la literatura arbitrista, muy abundante en la época. En realidad, es un género que refleja con cierta fidelidad un mundo desarraigado y marginado, que existía y podía verse con claridad en el siglo XVII sobre todo, aún por los mismos contemporáneos que trataron de ofrecer remedios y hacer que la gente tomara conciencia del problema. Aquí, en esta línea, puede insertarse la novela picaresca.

Por lo que respecta a las fuentes, el autor en el prólogo nos habla de las que ha utilizado y que son muy variadas: las novelas picarescas más conocidas reunidas en una colección por A. Valbuena Prat; también otras novelas poco conocidas, junto con obras de finales del Medievo y principios del Renacimiento que «preludian una actitud de desviación social, luego desarrollada en la picaresca» (p. 15). Esta conexión con una época pasada es un destacado acierto. Se trata de obras como *La Celestina*, *Libro del Buen Amor*, etc. Por otro lado, ha prestado atención a otros géneros literarios como comedias del XVII, novelas, obras de moralistas y costumbristas, de políticos, de temas económicos (obras de Sancho de Moncada, Cellorigo...), documentos informativos como los «Avisos» de Barrionuevo y Pellicer, obras médicas, consultas del Consejo de Estado, etc., amén de una completa bibliografía de autores consagrados y jóvenes, especialistas contemporáneos de ciencia política, sociología o economía. Todos aparecen reflejados en las abundantísimas notas a pie de página y en el completo índice onomástico.

En esta obra, Maravall va a realizar un completo análisis de la figura del pícaro y su relación con el resto de la sociedad, haciendo hincapié en

muy diversos aspectos, como los distintos condicionamientos sociales del comportamiento de estos individuos, análisis del pobre, importancia del dinero, del trabajo, etc. Divide el libro en cuatro partes, cada una subdividida en tres capítulos, salvo la primera, que tiene cinco. Cada capítulo, a su vez, analiza un tema concreto en varios epígrafes, por ejemplo: concepto de pobreza y pobres, ricos y formas de riqueza, el trabajo, el deseo de medro, desviación social del pícaro, tensión hombre-mujer... Se completa con un apéndice, un índice de personajes y otro onomástico.

En la primera parte «Los condicionamientos sociales del comportamiento picaresco», conecta con la Edad Media para estudiar el concepto de pobreza y los pobres, resignados y sumisos, a los que se considera «figuras importantes y necesarias en la sociedad» (p. 23). Se pretendía que el pobre aceptase su indigencia para dar ejemplo al rico; pero esto coexiste, según el autor, con una corriente que considera la pobreza «antisocial, peligrosa o reprobable, y los superiores están obligados a eliminarla o reducirla» (p. 27). Muchas veces se trata de transformar al pobre en trabajador. La pobreza ocupa un gran espacio en la novela picaresca, aunque casi siempre se trata de pobreza fingida, a la que recurre el pícaro de forma temporal para evitar trabajar, aun odiando la mendicidad, a la que la ley tratará de poner remedio o, al menos, reglamentarla. Las autoridades y la sociedad se preocuparán del tema. En esto, el autor difiere de la opinión de Trevor-Ropper que habla de «insensibilidad social creciente en el siglo XVI» (p. 47). Maravall se fija en muchos proyectos que movieron a diversos personajes a tratar de remediar la situación. Sin embargo, a lo largo de este período aparecerá un proceso de descalificación del pobre como holgazán, vagabundo, delincuente, etc. Es paralelo al aumento de la mendicidad en toda Europa, que se convertirá en un cáncer de las ciudades. Pobres y ricos serán diferentes incluso en el Derecho Penal. Esta es, quizá, la causa, según el autor, de que el pícaro «pusiera mucho cuidado en no traspasar los linderos de la plena delincuencia» (p. 66). Por otro lado, se verá siempre tan acuciado por el hambre que su mayor deseo será poder hartarse de comer todos los días. Esta hambre será el terreno en el que se sustentará su afán de medro. Se destaca la gran importancia de la riqueza y el dinero, ambos incansablemente perseguidos por el pícaro, aunque no por medio del trabajo, que rechazará casi de forma contundente. Hay abundantes ejemplos de todo esto en la literatura picaresca.

En la segunda parte: «La ruptura de los lazos tradicionales. Desvinculación, individualismo y medro», se aborda en líneas generales la desvinculación o desarraigo social del pícaro. Esto se manifiesta en varios hechos: afán de recorrer diferentes tierras (cruzan el país, pasan a Indias); quebrantamiento de la vinculación de la Iglesia (fuerte crítica del clero) y abandono, casi siempre desde su más tierna infancia, del medio familiar: «Nadie es pícaro en su tierra» (p. 253). Es de destacar también su individualismo (rara vez se integra en una pandilla, como no sea de forma tem-

poral) y deseo de libertad, junto con su afán de medro, casi siempre frustrado bruscamente, pero que no le quita su deseo de «mejorar de estado social, no de moral» (p. 265).

La tercera parte, titulada: «Un entorno de anomia. Usurpación y ostentación sociales», estudia la figura del pícaro desde un punto de vista psico-sociológico al presentarlo como un ejemplo de conducta desviada, aunque no llegue a ser un total delincuente. Es un individuo desviado y marginado ya desde niño, muchas veces por influencia de la propia familia, que casi nunca es mínimamente honorable. Sobre esta base se completa el aprendizaje con «las compañías o, más bien, los encuentros en el camino hacia la capital» (p. 456). A esto se añaden los recursos de la conducta desviada: el engaño, el robo, el fraude y el juego. Es un tipo de vida que irá acompañado de una ostentación por su parte y de un afán de equipararse con las clases más altas, tratando de asumir sus características: ociosidad, vestidos y adornos caros, deseo de tener casa propia y coche... El pícaro no se resigna a su marginación.

En la cuarta parte, que lleva por título: «El hombre en acecho y la lucha del pícaro. Sus tensiones básicas», aparece el pícaro ligado a un ambiente general de «agresión y violencia, de represión y castigo» (p. 611), sobre todo en el XVII, siglo bastante violento. Es patente en la literatura la presencia de la cárcel y las galeras. Sin embargo, el pícaro suele salir libre porque «practica una autolimitación de la violencia» (p. 615), él preferirá el uso de la burla. El autor va a fijarse también en las relaciones hombre-mujer en la novela picaresca, destacando la continuación de la misoginia medieval en la época barroca, con constantes condenaciones hacia el sexo femenino, insistiendo en el afán de la mujer «por abandonar su recatada clausura en la casa, en su descoco por salir y pasearse... por exhibirse en público» (p. 659). Esto será propio de la mujer pícaro, aunque vaya acompañado por un incremento general de la iniciativa femenina. Es también muy significativa la integración del pícaro en la ciudad, donde domina el delito y el vicio, rechazando la aldea como centro de sus actividades. El Barroco será, además, una cultura de fuerte carácter urbano. La confusión de la gran ciudad ofrecerá al pícaro una gran libertad y el beneficio del anonimato, lo que le impulsará a emigrar a ella y a dedicarle grandes alabanzas. Es interesante la alusión a la falta de amor en el mundo picaresco, con ejemplos de la utilización de la mujer por parte del pícaro para ascender socialmente.

Finalmente, en el apéndice: «Mensaje que transmite y público al que se dirige la novela picaresca», el autor conecta este género con el estado moral de la época y destaca el objetivo moralizador que la inspira. Pero añade que la novela picaresca «no está escrita para los pícaros..., sino para los conformistas e integrados, instalados convenientemente en la sociedad» (p. 774). Estos la juzgarán negativamente, pues supone un ataque al orden social establecido.

Tenemos, en definitiva, una obra amplia y completa, que supone un exhaustivo análisis del mundo picaresco, conectado con el mundo marginado y pobre de los siglos XVI y XVII, que cada vez va cobrando mayor interés entre los historiadores. Aporta interesantes aciertos como el intento de acercarse al mundo de las relaciones entre hombre y mujer y el análisis sociológico del pícaro. En este sentido es un libro novedoso que, además, toca puntos muy variados y de obligada consulta para quien desee acercarse al tema de la literatura picaresca como reflejo de una sociedad característica de una época, pues remite constantemente a las obras clave del género. La exposición es bastante amena, pero, a veces, se complica debido a los abundantes ejemplos que pueden llegar a hacerse un tanto monótonos. Pero esta abundancia es lógica, ya que es un estudio que intenta abarcar la novela picaresca en sus diferentes vertientes.

Rosa Isabel SÁNCHEZ GÓMEZ

VAREY, J. E. Y SHERGOLD, N. D.: *Los arriendos de los corrales de comedias de Madrid: 1587-1719*. Estudio y documentos. Editorial Tamesis Books Limited. Londres, 1987.

En los últimos días de 1987 ha aparecido en el panorama bibliográfico nacional la obra de J. E. Varey y N. D. Sergold, que engloba y amplía los datos ofrecidos anteriormente en distintos artículos publicados por ellos en el *Bulletin Hispanique* y en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, sobre los arriendos de los corrales de comedias, entre 1587 y 1719.

El presente volumen es el número 13 de los incluidos en la importante y ponderada colección *Fuentes para la Historia del Teatro en España*, y supone la continuación de la estrecha colaboración que estos prestigiosos autores iniciaron desde 1958 con su artículo «Datos históricos sobre los primeros teatros de Madrid: Contratos de arriendo, 1587-1615 (*Bulletin Hispanique*, LX (1958), pp. 73-95), colaboración que continuó en otros trabajos y en los volúmenes I, II, III, IV, V, VI y XI de la citada colección, que comenzó a ver la luz en 1982.

Si en los anteriores estudios los autores se habían interesado por la naturaleza y cronología de las representaciones palaciegas, por la genealogía y origen de los comediantes del Siglo de Oro, o por el conocimiento de los corrales y de las obras allí representadas, en el presente trabajo retoman el tema de sus primeros años de investigación en equipo, ofreciéndonos una panorámica de la evolución de los arrendamientos de los teatros en los años en los que la comedia nacional brillaba con más vigor.

La primera parte del libro está compuesto por una larga introducción que se inicia con una descripción de la estrecha relación existente entre las cofradías y los corrales hasta los inicios del siglo XVII. Varey y Shergold